

De lírica, naturaleza y varia invención

Ilse Díaz Márquez

Voy a remontarme en el tiempo, al 2005 o 2006, cuando el Centro Investigación y Estudios Literarios de Aguascalientes FRAGUAS tenía poco tiempo de haber abierto sus puertas y se iba conformando como un sitio de ebullición cultural, donde escritores reconocidos de la ciudad impartían talleres a los que acudíamos gratuitamente muchos jóvenes preparatorianos y universitarios inquietos en más de un sentido, la mayoría de las veces sin una intención clara de dedicarnos al oficio de la escritura, sino más bien con ese deseo de experimentar en diversos campos del arte que acompaña — o creo, debería acompañar — a tal momento de la vida.

A más de uno o una de nosotros nos marcaron los talleres del poeta Juan Pablo de Ávila, quien caminaba a diario por los pasillos del CIELA con su rebozo o su palestina alrededor del cuello, sin abandonar jamás su compromiso político-literario; o el taller de los sábados con otro poeta, Francisco Martínez Farfán, que solía derivar hacia el psicoanálisis y que no en pocas ocasiones extendía sus sesiones y se trasladaba al Café del Codo. Y por supuesto, todos los jueves de seis a ocho de la tarde, el taller de «Cuento y Varia Invención» de Salvador Gallardo Topete, el hijo, que fue al cual yo acudí con mayor regularidad y que se mantuvo durante bastante tiempo, recibiendo participantes sobre todo, como ya lo he dicho, jóvenes, aunque también se acercaron allí adultos de diversas procedencias. Entre los estudiantes, varios de nosotros ya habíamos sido alumnos del «licenciado Gallardo», como muchos le llamaban, en las aulas del bachillerato de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, mejor conocido como la «prepa Petróleos», y con él nos habíamos iniciado en las sutilezas de los distintos géneros literarios. Atraídos por su figura y su visión —porque no nos daba clase solamente un maestro, nos daba clase un escritor—, continuamos buscando los espacios en los cuales él participaba, y más de uno o una encontramos allí puntos de partida que condujeron nuestra vocación literaria.

El taller de Salvador Gallardo Topete era, fundamentalmente, un taller de cuento. No obstante, Gallardo había decidido agregar el término «varia invención», para hacer referencia a ese género literario cultivado por Juan José Arreola, cuya obra él admiraba profundamente. En tal género cabían elementos tanto del cuento como del ensayo, de la poesía o el aforismo, como de formas textuales que desde una perspectiva tradicional no serían considerados dentro de la literatura, como las recetas de cocina y las entrevistas, o bien de textos situados en la frontera entre la ficción y la no ficción, como la epístola, el diario o la biografía. Al igual que Arreola, Gallardo no creía ni defendía la pureza de los géneros literarios, sino que pugnaba por su mezcla y por su constante contaminación.



Salvador Gallardo Topete, el hijo, *Una nube, dos gaviotas y un espejo de la tarde*, ICA, Aguascalientes, 2021

Así, en el taller que impartía en el CIELA, y de acuerdo a esta premisa que claramente él se ocupaba en explicar, se leían y se revisaban nuestros textos narrativos breves, que a veces, quizá muy pocas, eran cuentos en el sentido más clásico, y otras muchas eran cuentos-poemas, cuentos-cartas, cuentos-ensayos o, simplemente, dejaban ya el terreno de lo cuentístico y se volvían algo más, no importaba qué, porque para nuestro guía de taller lo que importaba es que permitiéramos al texto ocupar el territorio que este reclamaba, como obra y también como forma de acercamiento al mundo.

Así también procedía Salvador Gallardo Topete en su escritura: sin dogmatismos ni pretensiones absolutas, atendiendo, como lo señala el filósofo y ensayista Salvador Gallardo Cabrera, al prologar el libro de su padre del que ahora me ocupo, a la simbiosis, «luminosa mezcla de las especies», a una simbiosis que posibilita «un nuevo orden humano», «una casa común»¹ más habitable para seres con orígenes y caminos muy distintos, pero a quienes hermana la existencia, representada aquí a través de la palabra.

Me gusta pensar entonces *Una nube, dos gaviotas y un espejo de la tarde*, este libro de adivinanzas, poemas y cuentos bellamente ilustrado por Eduardo Cruz, como un homenaje a tal visión de la creación literaria, tan patente durante esas tardes de taller que compartimos en una casa antigua del centro de la ciudad. Además de la simbiosis entre los géneros, se presenta en el libro la mezcla entre lo que podríamos llamar «lo popular» y «lo culto», puesto que «el Hijo» fue siempre crítico, en la misma línea que su padre, el estridentista Salvador Gallardo Dávalos, ante el elitismo de los círculos culturales, que por un lado se niegan a salir de sus cómodos espacios de autocomplacencia para acercar el arte a quienes se encuentran en los márgenes, y por otro lado no son capaces de concebir que las expresiones del pueblo poseen la misma complejidad y belleza que las manifestaciones artísticas académicas o institucionales.

De lo anterior dan cuenta, en primer término, las adivinanzas que recoge el libro, las cuales hacen eco no solamente del impulso humano milenario de plantear enigmas, sino también de la voluntad de recopilación de los bestiarios, que navegando entre la realidad y la fantasía, nos permiten conocer la fauna de un determinado lugar. En el conjunto de adivinanzas-bestiario de Gallardo Topete, todas ellas compuestas poéticamente, muchos de los animales que se nos revelan pertenecen a la fauna nacional y llevan nombres mexicanos: el jicote, el guajolote, el mayate, la caguama, el pinacate, el ajolote, el chapulín, el cenizote y el tlacuache. Además, el acertijo en verso se plantea constantemente de forma humorística, recurriendo a la picardía propia de la cultura popular, que lo mismo es inocente que escatológica, y por supuesto, que nunca deja de lado el ingenio y la sátira:

Un gentleman en smoking,
pero al que le huele el fundillo:
El zorrillo.

No te rasques la entrepierna
porque chilla:
La ladilla

¹ Salvador Gallardo Cabrera, «Presentación», en Salvador Gallardo Topete, *Una nube, dos gaviotas y un espejo de la tarde*, pp. 5-7.

Pantera en miniatura,
disfrazada de vieja mocha:
La campamocho.²

La selección de poemas que aparece en la segunda parte del libro, breves la mayoría de ellos, nos remiten a la copla, también de origen popular. Algunos continúan la línea antes trazada, pues nos hablan de la flora y la fauna: junto al ciempés o al caballo aparece nuestro querido árbol de mezquite, majestuoso en su «mezquindad» (y tan necesario en nuestro contexto del semidesierto), lo mismo que un gato y una procesión de especies marinas que acuden a un oficio religioso en una catedral que ha quedado sumergida, en medio de imágenes visionarias, en las que «el mar pasa su lengua/en la arena», y «Un barco velero/le presta a la luna / su paño de seda». Sin olvidar los hermosos poemas que Salvador Gallardo dedica a su hija Sabelia: «La niña del picaflor», «La niña del caracol» y «La novia del grillo», poemas infantiles que delatan el amor del padre, así como la cercanía del poeta con la lírica hispánica:

¿Cómo me vendrás vestida
De alhelí o de azucena?
Vendrás por la madrugada
O por la tarde serena.
¿Cómo me vendrás amor?³

Finalmente, los cuentos seleccionados para la tercera parte del libro son apenas una muestra de la obra narrativa de Gallardo Topete, aunque resultan muy representativos, me parece, del estilo y las temáticas desarrolladas por el autor, en las que lo que hoy podríamos llamar «insólito» se enmarca a veces en escenarios que implícitamente nos remiten al centro-norte de México. Visitamos un pueblo asolado por la sequía donde los habitantes finalmente divisarán una nube igual a «una pequeña mota negra allá por el cerro del Cuitadero»; conocemos a Agapito, un hombre que una noche sueña «montañas de agua derrumbándose estrepitosamente entre la escollera, enormes culebras desplegándose en la ciudad, ríos salidos de madre tragándose todo a su paso», y que por la mañana se despierta para descubrir que de su cuerpo no deja de brotar agua; asistimos a la experiencia íntima —y aterradora— de un silencio que se anuncia por la radio y a un encuentro imprevisto y angustioso en la habitación de un hotel.

Si para Salvador Gallardo Topete, el hijo, el cuento es una olla «donde caben todas las carnes, diversidad de frutos, de verduras y especias», para nosotros, lectores de su obra, este libro es árbol frondoso del que brotan múltiples ramas, que son los géneros, para confundirse —«en incestuosa conjunción»,⁴ diría Gallardo—, en su follaje, yendo del acertijo al verso, del verso al cuento, de allí a la minificción y de vuelta al acertijo, y de la cual pueden tomar algo tanto los niños como quienes hemos rebasado el límite la infancia, recordándonos que la literatura infantil no debe ser ingenua ni fácil, que las obras literarias, en toda la extensión del término, deberían ser parte de nuestra formación y de nuestra aproximación a la realidad desde el inicio de nuestra vida, y también

² Salvador Gallardo Topete, el hijo, «Adivinanzas», en *Una nube, dos gaviotas*, pp. 9 y 21.

³ Salvador Gallardo Topete, el hijo, «La novia del grillo», en *Una nube, dos gaviotas*, p. 27.

⁴ Salvador Gallardo Topete, «La olla del cuento», en *Estancias del sueño*, pp. 9-12.

que los límites entre lo que leemos los más jóvenes y los mayores tienden a difuminarse, pues desde las épocas más remotas de nuestra historia, sin importar nuestra edad o nuestros entornos, todos nos hemos sentido fascinados por la magia de las canciones y de los cuentos.

Que el encuentro con la nube que avanza sobre el arroyo seco de Santa Rosa, las dos gaviotas «blancas como un pañuelo» y el agua tranquila del espejo de un cuarto de hotel no dejen de ser lugares fértiles y luminosos para todos los lectores que el día de hoy o el de mañana acudan a la obra de Salvador Gallardo Topete, el hijo.



Fuentes

Gallardo Topete, Salvador, *Estancias del sueño*, Ediciones Sin Nombre-Universidad Autónoma de Aguascalientes, aguascalientes, 2010. Gallardo Topete, Salvador, el hijo, *Una nube, dos gaviotas y un espejo de la tarde* (ilustraciones de Eduardo Cruz), Instituto Cultural de Aguascalientes, Aguascalientes, 2021.

LOS CUENTOS DE ANTÍGONA

Relatos y ausencias

Beatriz Elizabeth Soto Bañuelos



Los Cuentos
de Antígona

La redacción de este texto se cruzó con la lectura que hacía de *Feminismo sin cuarto propio* de Dalhia de la Cerda. La coincidencia no pudo ser más afortunada. Dicho ensayo emula *Un zulo propio* de Itziar Ziga. La reflexión de Dalhia de la Cerda parte de matices necesarios en la interpretación de *Un cuarto propio* de Virginia Woolf en el cual se afirma que para que una mujer escriba requiere, nada más, un cuarto propio, esto es, un espacio de independencia y autonomía; claro que es fácil tenerlo si se tienen los medios económicos; sin embargo, hay quienes no tienen el privilegio del espacio, de la economía ni del tiempo. De ahí las consideraciones de Dalhia de la Cerda para hablar de la escritura como un acto de rebeldía en sí mismo, sobre todo para quienes carecen de todo: ellas escriben desde el zulo, que es, según la definición que rescata la autora, un agujero o un escondite o un recinto clandestino. No puedo menos que relacionar ese zulo como el espacio, el tiempo e incluso el motivo desde el cual se escribieron estos relatos que sorprenden por la variedad de voces narrativas.

Hay autores que sostienen que las mujeres tienden al tono personal, a la confesión, a la denominada escritura del yo. Es grato leer que los textos que integran este volumen no cumplen con este requisito y aun así se perciben personales. La reflexión también está ahí, latente en cada historia, incluso en aquellas que usan la metáfora como es el